



EL REINO DE LAS REINAS

Era un rey, bueno y compasivo cuando quería y cruel y tirano cuando le daba. Sus vasallos, ricos agricultores en su mayoría, pagaban los impuestos con semoviente, no sé si por carecer de plata acuñada ó por añeja costumbre. Para el rey era lo mismo, y aún mejor, pues el ganado se vendía en pública subasta y producíale más del valor del impuesto.

Las arcas de Su Majestad estaban repletas aquel año; no había intestinas contiendas ni extranjero enemigo que turbar pudiera la paz del reino, motivos por los cuales el monarca volvió misericordioso la vista hacia sus amados súbditos, y dispuso que por esa sola vez no se remataran ni los caballos ni las vacas, sino que se distribuyeran entre las familias pobres del reino, dando una vaca en la casa don-

de mandara la esposa, y un caballo en la que mandara el esposo.

Publicóse la real disposición por solemne bando, al toque de clarín y al redoblar de los tambores, y llevóse minucioso registro de las solicitudes y de la dirección de los solicitantes. Todos, absolutamente todos, pedían caballos, y temióse que el número de éstos, aunque considerable, no bastara para atender las peticiones.

El día previamente fijado salió espléndida comitiva de las reales caballerizas, arreando magníficas reses y caballos, y recorrió la comarca haciendo entrega de donativo de Su Majestad.

Las vacas disminuían rápidamente y los caballos no hallaban salida, pues averiguada cosa fué, que en todos los hogares, que ciertamente no andaban manga por hombro, imperaba la mujer como reina y soberana.

Ya casi al rendir la jornada llegaron los ministros de Su Majestad á la casa de un herrero. No les quedaba ya más de una vaca, la más grande y gorda de todas, la cual, por ser avaros hasta con lo ajeno, deliberadamente no habían querido dar.

—Buenas tardes, maestro herrero—dijo uno de los ministros del rey, saludando al

herrero, que suspendió los martillazos y fijó la vista en su interlocutor.

—Buenas se las dé Dios, señor.

—¿Quién gobierna en esta casa?

—¡Cómo que quién gobierna! ¡Vaya una pregunta! Pues yo, yo mismo, que soy el jefe de la familia.

En esos momentos la esposa del herrero, que trajinaba en el interior de la casa, entró en la fragua atraída por la curiosidad.

—Este señor pregunta—dijo el herrero á su esposa,—que quién manda en esta casa.

—Pues quién ha de mandar—contesta ella,—pues tú y nadie más que tú.

—Su Majestad—dice el ministro,—ordena que elija usted un caballo de los que traigo.

—Dios premie á Su Majestad—responde el herrero,—y quédase contemplando un caballo de grande alzada y soberbia estampa, negro como el hollín de la fragua.

—Elijo ese—dijo, señalando el magnífico caballo negro.

—No, no—replicó la esposa,—es mucho más hermoso aquel blanco. Mi esposo, óigalo usted bien, elige el caballo blanco.

—Está bien—repuso el herrero,—sea

como tú quieres. Elijo el caballo blanco.

—Pues ni el blanco ni el negro—responde el ministro,—sino esta vaca, que es la última que nos queda, porque aquí como en todo el reino, mandan las faldas y no los pantalones.

Dijo, arreó la vaca para que entrase á la fragua y continuó su marcha, dejando boquiabierto al maestro herrero y á su esposa.

Recobrados un tanto, murmuró el herrero:

—¿Has oído lo que dijo el ministro del rey?

—Sí; es un embustero—repuso la esposa.

—¡Un calumniador!—agregó el maestro, reanudando los interrumpidos martillazos, mientras que su consorte, satisfecha con el real donativo, introducía la vaca en el corral.